

“La captura del Stanhope”, presentado bajo el pseudónimo “Eldoris”:

-Mande tensar las drizas hasta donde el escora lo permita señor Harispe, quiero cada nudo que le pueda dar el viento a este navío.

La bravura del Atlántico sacudía el casco de la Valeaur, ceñida por el viento y embrazada por las olas. Con no más de doscientos cincuenta hombres, la pequeña embarcación surcaba veloz en pos del gran navío de línea inglés, Stanhope. El combate era inminente. La pequeña fragata se aproximaba cada vez más a aquel mastodonte de mil setecientas toneladas. David contra Goliath. Entonces, me pregunto yo, ¿no hubiera sido más prudente retirarse antes de entablar tan desfavorable combate? Parece que no, o esto fue lo que pensó el capitán de la embarcación bajo pabellón español. Pues no era un hombre cualquiera: para empezar, era vasco, pero luego, es que tampoco era un hombre, sino el “Medio-Hombre”: Blas de Lezo y Olavarrieta.

-Capitán, la tripulación está inquieta; el navío enemigo es claramente superior al nuestro. -Expuso el primer oficial.

- Reúna a todos los hombres disponibles en la cubierta principal, pues. Les va a hablar el capitán -le contestó- y espero que Dios también -murmuró luego para sí.

El sol de un día sin nubes azotaba la cubierta repleta de marineros. El capitán Blas de Lezo adoptó una posición elevada a la vista de todos, los miró con serenidad de espíritu, pero a la vez con preocupación humana. Era perfectamente consciente de la dificultad de la hazaña que estaba a punto a librar. Miró el crucifijo que colgaba de la mesara, inhaló profundamente y se puso a hablar:

-Marineros de la Fragata Valeaur, en estos momentos estamos dando caza a un gran navío de línea de la páfida Albión. Nos supera en tonelaje, hombres y cañones, ¡pero mayor es nuestra bravura! Ya se os dejó bien claro cuando os alistasteis a la armada: este no es lugar para marineros mediocres. ¿Acaso creéis que las grandes hazañas de nuestro impero las han llevado a cabo aquellos que se contentan en hacer lo mínimo, huyendo de cualquier dificultad? El buen marinero es aquel que no solo pilota su navío con buena mar, sino aquel que, plantándole batalla a sus defectos y debilidades, da lo mejor de sí incluso en la peor de las tempestades. Tanto por la honra que les debemos a nuestros antepasados, por habernos regalado las Españas en las que hemos nacido; como por deber para con Dios y con el prójimo, ¡Debemos cumplir con nuestro deber! Tenemos en frente al enemigo, el mismo enemigo que lleva siglos ejerciendo la piratería contra nuestros navíos, acechando nuestros puertos y asediando nuestras colonias. -El bramido de olas ocupó el silencio después de la última frase. Luego, el capitán concluyó- Una nación no se pierde porque unos la ataquen, sino porque quienes la aman no la defienden.

Las palabras del capitán causaron furor entre los tripulantes, los cuales corrieron bajo la orden de zafarrancho de combate.

-Harispe, ordene abrir fuego con el cañón de proa.

-Señor, pero aún no tenemos el barco enemigo a rango de tiro.

-Lo sé -respondió el capitán con una sonrisa picara

Los proyectiles de la fragata española cayeron al agua antes de alcanzar la fragata inglesa.

-No comprendo -dijo el primer oficial.

-Observe -Respondió el Blas de Lezo

Seguidamente, la fragata inglesa empezó un viraje a babor con tal de descargar una andanada a fragata española. Los cañones ingleses de veinticuatro pulgadas tenían

alcanse sobre el navío, pero debido a la distancia y al ángulo de la fragata, apenas un par de bolas de cañón causaron algún desperfecto en el foque y la vela del trinquete.

-Ahora la embarcación enemiga, además de tener que recargar sus cañones, está empopada. Es nuestra oportunidad para acercarnos.

Se ciñeron las distancias entre las dos embarcaciones. El capitán ordenó preparar una salva en los cañones de estribor. El Stanhope tuvo que tomar rumbo a la fragata española para recuperarse de la empopada. Así, de esta forma podría cañonearla con sus más de treinta cañones de babor. Blas de Lezo sabía que su pequeña embarcación no podría aguantar tal castigo. Llevaba desde los dieciséis años peleando contra la marina inglesa, y ya se conocía sus tácticas. Antes del cruce de los dos navíos, el capitán ordenó un viraje brusco a babor, cruzando su fragata por delante de la proa enemiga. Fue entonces cuando ordenó la salva, con la premisa de apuntar a la base de los mástiles.

El palo mayor y la mesana cayeron, quedando el trinquete dañado. Ahora el Stanhope ya no tenía posibilidad de huir, pero el capitán sabía que el inglés aún tenía las armas operativas. Colocó la fragata en posición favorable para poder cañonear el barco enemigo, aprovechando su incapacidad de maniobrar. Como un burro cojo, el navío inglés procuraba virar para cañonear la embarcación española, pero ésta siempre se mantuvo en ángulo muerto.

Después de un largo cañoneo, gritó el capitán guipuzcoano:

- ¡Detened el fuego! Stanhope, les ofrecemos la rendición, eviten el innecesario derramamiento de sangre.

La respuesta del navío inglés fue contundente: una descarga de mosquetes desde las cofas alcanzó la fragata. El capitán se llevó la única mano que le quedaba al pecho. El familiar tacto de la sangre volvía a embalsamar sus dedos.

-Capitán ¡está herido! -Exclamo uno de los oficiales.

-Seguro que no soy el único del navío. -Respondió- Vaya disponiendo el grupo de abordaje, veo que no queda otro remedio.

Tras varias salvas de metralla para barrer la cubierta del buque de línea los españoles lanzaron los garfios para abordar la nave. Encontraron la cubierta empapada de sangre, pero se abrieron paso ferozmente. La bravura española hizo retroceder rápidamente a los ingleses hasta el castillo de popa. Fue entonces cuando se oyó un gritar una palabra varias veces en inglés. El fuego enemigo cesó, y seguido lo hizo también el de los españoles. Un hombre, de ya cierta edad, con vestimentas propias de un alto rango, salió de entre las filas inglesas. Se acercó a los españoles, siendo el primer oficial Harispe el que lo recibiera. Le dirigió unas palabras en inglés, desenfundando la espada y tirándola a los pies del oficial. El gesto fue elocuente. La batalla había terminado.

Las gentes del puerto de las Españas quedaron boquiabiertas al ver llegar la pequeña fragata, que remolcaba lo que quedaba del gran navío inglés de segunda clase. Apenas había habido bajas entre las filas españolas, y la historia se difundió rápidamente entre los lugareños. Parece ser que ningún adversario era capaz de derrotar al capitán Blas de Lezo. Hoy en día, la historia de este héroe ya lo afirma como hecho: no hubo adversario capaz de derrotarle.